



# La ruina de la inteligencia y lo que todavía queremos esperar de los periódicos para que la cultura nos cure del mal en trece saltos de la oca

Alfonso Armada  
Periodista.  
[alfarmada@yahoo.com](mailto:alfarmada@yahoo.com)

Artículo recibido: 03/10/2024. Revisado: 15/10/2024. Aceptado: 18/10/2024

**Resumen:** Los suplementos culturales como suplemento vitamínico para periódicos raquíticos, faltos de nutrientes, es decir, de pensamiento, de verdadera crítica, de argumentos poderosos contra la estulticia, que nos hacen creer que no hay nada que hacer, que la lucha no da resultados. No, no estaré nunca a la altura de Walter Benjamin, pero he querido construir un artículo a base de citas, como si ese puzzle fuera una guirnalda de luces de colores en una fiesta popular en una aldea de mi Galicia natal. Para iluminar un rectángulo del espacio y el tiempo.

**Palabras clave:** periodismo; cultura; verdad; periódicos; vanidad; España; suplementos culturales; John Gray; razón; introspección; progreso; Osip Mandelstam; Cesare Pavese; Eduardo Momeñe; fotografía; tiempo; arte; conciencia; Alejandro Vergara Sharp; Keith Hayward; Elvira Navarro; Augusto Seabra; Leila Guerrero; Walter Benjamin; filosofía.

The ruin of intelligence and what we still want to expect from newspapers so that culture can cure us of the evil in thirteen jumps of the goose

**Abstract:** Cultural supplements as a vitamin supplement for rickety newspapers, lacking in nutrients, that is, in thought, in true criticism, in powerful arguments against stupidity, which make us believe that there is nothing to do, that the struggle does not yield results. No, I will never be at the level of Walter Benjamin, but I wanted to build an article based on quotes, as if this puzzle were a garland of coloured lights at a popular festival in a village in my native Galicia. To illuminate a rectangle of space and time.

**Keywords:** journalism; culture; truth; newspapers; vanity; Spain; cultural supplements; John Gray; reason; introspection; progress; Osip Mandelstam; Cesare Pavese; Eduardo Momeñe; photography; time; art; conscience; Alejandro Vergara Sharp; Keith Hayward; Elvira Navarro; Augusto Seabra; Leila Guerrero; Walter Benjamin; philosophy.

*El desarrollo técnico sólo va a dejar un único problema por resolver:  
la debilidad de la naturaleza humana*

Karl Kraus

**1.** Hace unos meses, en la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid, donde me licencié en periodismo cuando mi fe en Dios era un montón de ruinas, aunque con la capacidad de la razón para persuadir mediante los hechos todavía mantenía el cráneo fuera del agua, me preguntaron por la importancia de la introspección. Si hubiera memorizado los siguientes versos de Rilke podría haber respondido con ellos:

“A través de todos los seres va un espacio:  
el espacio interior del mundo.  
Los pájaros nos traspasan  
en vuelo silencioso. ¡Ay! Yo soy el que quiero crecer,  
miro hacia fuera, y en mí crece el árbol”.

A lo que el poeta venezolano Rafael Canales, premio Cervantes, que lo trae a colación como quien sí quiere la cosa y lo sirve en bandeja para quien quiera sentarse a pensar y a leer al margen del horroso mundanal ruido: “En la vivencia que estos versos tratan de comunicar, las fronteras personales han desapare-

cido. Ya nada le cierra el paso al mundo exterior, de manera que surge un solo espacio, que pudiéramos llamar el espacio de la realidad”. Ese espacio tan caro a todos nosotros, los que pensamos que el periodismo es una herramienta que honestamente utilizada puede perfeccionar el conocimiento del mundo y hacerlo más inteligible y manejable. Hasta que llega el aguafiestas de John Gray y lo deja todo perdido de otra realidad bajo su fregona de darle un repaso a la realidad realmente existente. En una entrevista con Daniel Arjona para *La Lectura*, el suplemento cultural de *El Mundo*, decía el pasado 4 de octubre: “Steven Pinker y otros como él siguen aferrados al racionalismo liberal, que básicamente afirma que todo el mundo es irracional, excepto ellos. Así que la solución a los problemas del mundo es que las personas les escuchen. Recuerdo un artículo maravilloso de John Maynard Keynes titulado *Mis propias creencias*, donde describe cómo abandonó el racionalismo liberal. Decía algo así como: ‘En todo mi trabajo, en toda mi vida, pensé que si lograba convencer a la gente en el poder con argumentos racionales, implementarían lo que fuera racional y el mundo mejoraría. Pero estaba equivocado’”. A lo que Arjona replica: “Las

funestas previsiones históricas de Keynes dieron también en el clavo”. Y responde Gray, el teórico y filósofo de la ciencia política británico, que acaba de publicar *Los nuevos levíatanes*: “Keynes relataba que, como representante de la delegación británica en la Conferencia de Paz de París tras la Primera Guerra Mundial, esperaba que se discutiera cómo lidiar con la hambruna que afectaba a Europa. Sin embargo, lo que encontró fue una situación en la que cada potencia atacaba a las demás y cundía la sed de venganza contra los alemanes. Pensó, y más tarde lo escribió, que el resultado de aquello sería un gran desastre para la civilización europea si el tratamiento hacia la derrotada Alemania se basaba únicamente en la venganza. Y fue lo que ocurrió. Keynes era en realidad muy gracioso. Decía: ‘Mi amigo Bertie [por Bertrand Russell] cree que toda la historia de la humanidad ha sido una historia de crímenes y locura. Pero la solución es simple: deberíamos ser todos más razonables’”. Gray cree que él no está, con su pensamiento, ni para dar consuelo ni esperanza. Pienso exactamente lo mismo acerca del periodismo (sean suplementos culturales o reporterismo internacional), y está convencido no solo de que la civilización es “extremadamente frágil” y aunque la situación no sea exactamente la misma, piensa que “se parece a la de antes de la Primera Guerra Mundial que a cualquier otra cosa, una reanudación de los conflictos, tanto nacionalistas como ideológicos”.

Pero vuelvo con el poeta venezolano (Rafael Canales, que sigue viviendo en la demacrada y desgraciada Venezuela mientras camina paso a paso hacia su siglo de vida), a un capítulo (‘Al comenzar los estudios’) de su *Obra entera. Poesía y prosa (1958-1995)*, publicado por la editorial Pre-Textos: “¿Cuál es en el fondo, el tema de la carta de Keats [la que envió el 27 de octubre de 1818 a Richard Woodhouse]? Lo que él plantea, sin percatarse de ello, es el problema de la atención, de un tipo de atención cuya fuerza hace callar al pensamiento, una atención que si hubiera de llamarse de otra manera sólo podría exigir una palabra difícil de rescatar, la palabra amor, pues éste no puede brotar sin que antes se hayan derrumbado las barreras del yo. Si el interés principal de todo ser humano es, directa o vicariamente, él mismo, y su atención está dirigida a satisfacer ese interés, la vida es relegada al papel de simple plataforma para la realización de fines personales. Pero cuando aparece la otra atención, esa que entrevemos en la carta de Keats, la vida pasa a ocupar el sitio de honor. Es un entronizamiento que la establece, o restablece, una vez que el usurpador, el centro que somos, es

apartado, y su lugar pasan a ocuparlo unos sentidos despiertos, frente al milagro de la realidad, una mente que ya no se agita en busca de respuestas, pues comprende que si pudiera tenerlas ya las tendría, y un corazón embriagado, no con pensamientos sino con su propia quietud”.

El tema de la atención, que es a fin de cuentas el tema de la realidad, que es al fin y al cabo el tema del amor, y que nos pone en contacto con la radicalidad de Simone Weil y el humor extraordinariamente lúcido de Wislawa Szymborska, de quien, como colofón para el tema de la cultura, es decir, de la política de nuestra época, vuelve a ser el de prestar verdadera atención. Y no tomarnos demasiado en serio, aunque la cosa (como la muerte) lo sea. Extremadamente.

**2.** “Hay hombres-de-libro y hombres-de-periódico”, se lee en *El ruido del tiempo*, de Ósip Mandelstam. Desde que supe del poeta ruso desmiugado por Stalin por reírse de su bigote y leí *Contra toda esperanza*, de su viuda Nadiezhda Mandelstam, siento la obligación moral de leer todo lo que del poeta o sobre el poeta cae en mis manos. Por eso viene que ni al pelo esta nota del traductor de *El ruido del tiempo*, Ernesto Hernández Busto: “Alusión al poeta Nikolái Gumiliov, que en una reseña aparecida en el primer número de la revista *Apolon* (‘Apolo’) en 1914 distinguía entre dos categorías de personas: unas depositarias de una sólida cultura clásica, libresca, y otras inmersas en lo contingente, interesadas sólo en lo contemporáneo y en lo que salía en las revistas”. ¿En qué ámbito te sitúas tú? Esta es una pregunta que serviría para llenar varios suplementos culturales, sobre todo en verano, cuando algunos (como el de *ABC*) dejan de salir mientras dedican páginas horrendas y de una vacuidad metafísica al verano, como un canto desaforado a la piel, pero no en el sentido brutalmente epicúreo, no, a una piel que necesita afeites, bisturíes, amoralidad, una estupenda vaciedad moral sin freno para ahogarnos en nuestra propia rareza existencial en esta parte del mundo que seguimos pensando que es el centro del universo mientras nos hundimos en el fango y en la uva prensada.

Sigue Mandelstam: “Aquel año estuve en Zegewold, junto al río Aa, en Curlandia: un otoño terso, con telarañas en los campos de cebada. Poco antes habían quemado las propiedades de los barones y el cruento silencio que siguió a la represión se alzaba de las destruidas dependencias de ladrillo. De vez en cuando retumbaba por los sólidos caminos alemanes un

cabriolé con el intendente acompañado por un guardián y el tosco campesino lituano los saludaba quitándose el gorro". A ese episodio, a la revuelta de los campesinos contra los terratenientes, dedicó Mandelstam sus primeros poemas.

"No es de mí de quien quiero hablar: más bien intento seguir la época, el ruido y la germinación del tiempo. Mi memoria es enemiga de todo lo personal. Si de mí dependiera, sólo arrugaría la nariz al recordar el pasado. Jamás pude comprender a los Tolstói, los Aksakov y los nietos de Bagrov, enamorados de los archivos familiares con sus epopeyas de recuerdos domésticos. Lo repito: mi memoria no es cariñosa, sino hostil, y no se esfuerza en reproducir el pasado, sino en rechazarlo. Hay generaciones afortunadas en las que el *epos* se expresa en hexámetros y anales. En mi caso, coloco en ese lugar un signo de discontinuidad, entre mi época y yo se abre un abismo, un foso lleno de tiempo rumoroso, un lugar consagrado a la familia y a su archivo. ¿Qué quería decir mi familia? No lo sé. Era balbuciente desde su nacimiento y, sin embargo, tenía cosas que contar. Sobre mí y sobre muchos de mis contemporáneos pesa un impedimento congénito. No aprendimos a hablar, sino a balbucear, y sólo prestando atención al creciente estrépito del siglo y salpicados por la blanca espuma de su cresta, adquirimos una lengua.

La propia revolución es, a la vez, vida y muerte, y no tolera cuando en su presencia se divaga sobre la vida y la muerte. Tiene la garganta reseca por la sed, pero no aceptará ni una sola gota de agua de un extraño. La naturaleza de la revolución es la sed eterna, una conflagración (tal vez envidia de las épocas que saciaban humildemente su sed en plan doméstico, bebiendo en el abrevadero de las ovejas. Es típico de la revolución ese temor a recibir algo de manos ajenas; no se atreve, le asusta acercarse a las fuentes de la existencia.

Pero ¿qué hicieron por ella esas 'fuentes de la existencia'? ¡Con cuánta indiferencia giraban sus olas concéntricas! Fluían, se unían en torrentes, bullían en las fuentes: ¡todo por cuenta propia! ('Para mí, para mí, para mí!', dice la revolución. '¡Sólo yo, sólo yo, sólo yo!', le responde el mundo'). Ahí está Mandelstam, con su potencia moral impulsando una tinta que no es precisamente simpática, sino vitriólica, derriñe la nieve del pensamiento blando, del pensamiento que no lo es, que tiene miedo de llegar al hueso, al tuétano, a la razón de los comportamientos políticos y sus consecuencias.

Como a mí me falta pensamiento, capacidad de conexión, urdimbre sólida para que este pequeño ensayo para una ambiciosa revista periférica cumpla con lo encargado, doy vueltas como si llevara en la mano un berbiquí de madera para hacer agujeros en mi propio cráneo y ver si los pensamientos se agrupan como gusanos o se mueven como partículas elementales formando una constelación legible. ¿Es lo que quise hacer cuando se cumplió un sueño bastante pequeño burgués y dirigí durante dos años el suplemento *Cultural* de *ABC* e intenté hacer lo que pensaba que era necesario hacer, retirar las obsenas estrella que clasifican los libros como si fueran objetos de consumo, y traté de que las críticas fueran hondas, honestas, legibles, pusieran en entredicho este endiosamiento doméstico que compartimos, este mentirnos cada día a sabiendas que vuelve tan cínico el mundo cultural y el mundo en general (para Santiago Segurola –que pasó de encargarse de los Deportes en *El País* a ocuparse de la Cultura– el reino de los poetas era infinitamente más obsceno, violento, rencoroso y mezquino que el de los futbolistas), envejecido por concursos, premios, dádivas y reseñas favorables a cambio de dádivas, premios, concursos y publicaciones. Un pequeño mundo triste.

Una mujer que me volvió loco cuando empezaba a salir boqueando de la adolescencia, y que me hizo leer de madrugada al pie de la catedral de Santiago de Compostela versos de *La voz a ti debida y Razón de amor*; me instó encarecidamente que leyera *El oficio de vivir/El oficio de poeta*. Dice mi ejemplar de Bruguera Alfaguara traducido por Esther Benítez, que lo compré en mi ciudad natal, Vigo, en agosto de 1979. Ahora, cuarenta y cinco años después, por fin me he puesto a leerlo. Y ahí caigo por fin de un caballo del que tal vez debería haber caído hace... cuarenta años (y me ha hecho comprender por fin a qué se refería Rafael Sánchez Ferlosio cuando echaba pestes de "la bella frase", sobre todo cuando era él el que había caído en ese manierismo). Escribe Pavese: "Artistas como Dante (el Stilnuovo), Stendhal y Baudelaire son creadores de *situaciones estilísticas*: son gente que jamás cae en la bella frase, porque concibe la frase como creadora de situaciones. Jamás incurren en desahogos, porque para ellos llenar una página es crear una situación mental que se desarrolla en un plano cerrado, construido, con leyes internas, distinto al de la vida. Son contrarios, en cambio (Petrarca, Tolstoi, Verlaine), están siempre al borde de confundir arte y vida; e incluso en el arte, si se equivocan, se equivocan por

frases bellas o feas, no por situaciones apuntaladas, como los otros. Tienden a hacer de su arte un modo de vida práctico (Petrarca = humanista; Tolstoi = santo; Verlaine = maldito) y casi siempre logran éxito en cuanto realizan en su actividad práctica. (Son también los descontentos del arte por razones existenciales). Sus contrarios en cambio son siempre fracasados que no plañen por su fracaso mundano, como cualquiera de los sentimentales que así complacen al vulgo, sino que construyen otro mundo donde la experiencia ordinaria y vehemente está cribada por la inteligencia y sólo se la deja entrar en la obra si responde a la construcción. Son grandes constructores de obras juzgadoras, que no escriben una página sólo para desahogar una plenitud, sino que convierten esa plenitud en meditación y pretexto de construcción mental anterior a la obra”.

Todavía dos párrafos con Pavese (que lleva páginas teorizando sobre el suicidio y su necesidad): “Son grandes teorizadores del arte –problema que siempre les preocupa–, mientras que los otros viven como se respira, como se canta, como se vive, ¡hop la! Los míos son grandes solitarios, son ascetas, no le piden a la vida sino la realización de su sueño formal (de arte, de moral, de política), mientras que esos otros le piden a la vida *experiencia* y reflejan esa experiencia en esos diarios que son sus obras”.

Y desenlace: “Flaubert es la caricatura involuntaria de *mis* artistas –donde se ve que aunque el arte sea para él el círculo cerrado, autónomo, construido por la inteligencia, en él no entra la plenitud moral del hombre y se persiguen sólo fantasmas de bellas frases”.

**3.** “¿El arte? ¿La cultura? El desconocido se encogió de hombros. Al parecer, era de la misma opinión que cierto escritor contemporáneo, perdedor hasta en dos ocasiones del Premio Goncourt: ‘El arte y la cultura son compensaciones necesarias por la desdicha de nuestras vidas’”. Eso que se lee en *Historia de la mujer caníbal*, de Maryse Condé, que acaba de pasar no a mejor vida sino a la muerte, ¿en qué medida es aplicable a Pavese, que se la quitó en un hotel de Turín? ¿Y a nosotros, que braceamos y bebemos tinta de los periódicos?

**4.** Los comentarios de Sebastiaan Faber sobre la costumbre de los buenos periódicos de Estados Unidos de someter a verificación de datos y estricta edición todo texto que se publique, independientemente del prestigio del autor. Eso es

muy diferente de la tradición española. Hay ahí (ahí hay) un acto de sometimiento y de humildad, por no hablar de los debates serios y en profundidad que se suscitan, mucho menos corrientes aquí. Esa necesidad de persuadir y de respetar las ideas del otro.

**5.** Hay un libro extraordinario (he de reconocer para evitar equívocos que su autor es un buen amigo, pero eso no me nubla la vista) que pasó demasiado inadvertido. A él le gustaría que una editorial como Anagrama se fijara en él, aunque esté autoeditado (en Afterphoto). Se trata de Eduardo Momeñe y el suyo, un artefacto literario y fotográfico (un descarado y sutil homenaje a W. G. Sebald desde su mismo título: *Las fotografías de Burton Norton, un relato de W. G. Jones*). Momeñe me propuso una conversación en torno a su libro, y de ahí surgieron una serie de preguntas que darían para un gran reportaje en uno de los grandes suplementos literarios, tal vez para un número, monográfico, de un suplemento literario que se atreviera a hacer ese tipo de experimentos (y que alguna vez logré que hicieramos en mi breve paso por la dirección de *ABC Cultural*, como cuando a Svetlana Alexiévich le dieron el Premio Nobel –el primero a una periodista por hacer periodismo: altísima literatura de precisión– y la especialista en literatura del Este y Centroeuropa escribió a bote pronto en el diario que ese premio era “un chiste”). Muchas preguntas, por no decir la mayoría, fueron inspiradas por la lectura del apasionante libro de Momeñe:

- ¿Cuánto necesitan los lugares (las imágenes) de las palabras? La respuesta del fotógrafo de Momeñe a esa pregunta es este libro.
- La fotografía debería mostrar el mundo con la misma claridad que los poetas. ¿Qué clase de poetas?
- Yo también me siento así. Mi alma europea es invernal.
- ¿Cuál es el verdadero sentido del viaje?
- “Hacemos lo que hacemos porque no podemos no hacerlo”. Es importante saberlo y hacerlo. De ello depende el sentido de nuestra vida.
- “Cada uno es responsable de su fortuna... lo dijo Salustio”. La frase me reconforta. Puede que haya no poca verdad en ella. De momento, yo sigo trabajando para que la fortuna me acompañe, pero no deja de tener un aspecto inquietante, para los que, a pesar de los

pesares, desvelos y esfuerzos inauditos, la suerte les esquiva sin cesar.

- “Burton fue un fotógrafo en el sentido más estricto de la palabra...”. Esta radiografía que W. G. Jones hace de Burton Norton es quizás la más exacta aproximación a este libro y a lo que Eduardo Momeñe lleva persiguiendo la mayor parte de su vida. Como dijo en una entrevista que le hice para *ABC*: “fotografías que sean solo fotografías”. Pero al mismo tiempo una necesidad existencial, nocturna, diurna, de recurrir a las palabras. Porque las fotografías solo se limitan a “escribir el mundo”. En esa aparente paradoja está el alma de Eduardo Momeñe.
- “Yo animo a todos aquellos jóvenes... quien se pone en marcha con todo en orden”. Yo no tenía nada en orden cuando me puse en marcha primero a Holanda y a Dinamarca, con la idea de llegar a Nueva Zelanda. Pero tampoco cuando emprendí el viaje a la Unión Soviética. Y después África, y América, y... el sueño de seguir por ejemplo los pasos de Alexander von Humboldt (“para quien la libertad se encuentra en las montañas”).
- “Las fotografías eran residuos oxidados de la existencia”. Fotos como huellas oxidadas de la experiencia, una forma de escritura, y una cierta información del mundo. En cualquier caso, no la verdad.
- “Nunca me permito pretender ser el que no era”. Es decir, Eduardo Momeñe: ser el que se es. ¿Lo que buscan desde Sócrates los que no temen enfrentarse al poder?
- Para ver hay que querer ver, y sin embargo nunca es suficiente.
- La sonrisa forzada del que posa corre el riesgo de acabar revelando la verdad, que en realidad es una muestra de muerte.
- “La visión directa, objetiva, notarial ya pertenezca a la fotografía”. Y sin embargo también engañosa y equívoca, precisamente por esa apariencia notarial. No nos dejemos engañar. Se puede mentir fotográficamente con mucho aplomo.
- ¿Fue Sócrates una invención de Platón?
  - La muerte es la prueba de que la esperanza es un error.
  - “Burton obtuvo varias fotografías frente a Mont Saint-Michel... existe lo inexpresa-

ble”. ¿Lo que logra Vasili Grossman desde el interior de la cámara de gas, cuando se desnudan...?

- “Para un fotógrafo mostrar algo significa *decir algo*”. ¿Es eso lo que te gustaría poder decir al final de tu vida? ¿Haber dicho verdaderamente algo?
- “La pintura, la fotografía, la escritura... expresar y ampliar el significado del mundo”. Eso es también (o sobre todo es, o debería ser) el periodismo.
- He aquí algo simple y al mismo tiempo fundamental a la hora de hablar de periodismo, de lo que no podemos hacer: corregir la realidad. Y la fotografía es un medio que se presta con mucha facilidad (¿cada vez más?) a ello.
- “No es casualidad que Burton considerase que el ojo era el órgano esencial”. Es lo que trata de integrar la palabra. Todos los sentidos. Y por eso combinan tan bien la mirada del fotógrafo y el oído del escritor. Así construyen con mayor o menor fidelidad una porción, un fragmento del tiempo y del mundo.
- “No debemos fiarnos de lo que vemos, y sí quizás de lo que escuchamos”. Periodismo rima con escepticismo. La duda, siempre alerta. Algo a tener siempre muy presente no solo en el arte o la poesía, sino también en el periodismo, donde podemos cargarnos de razón pensando en nuestra buena conciencia, nuestras buenas intenciones de cambiar el mundo y buscar la reparación o la justicia.
- “La experiencia no es comunicable, puede ser narrada...”. Lo que puede ser contado y lo que no. Lo que puede ser fotografiado y lo que no. Lo que la fotografía te puede dar, los restos del naufragio, lo que queda tras el diluvio o el incendio. Tiempo para pensar.
- “En una fotografía el único acontecimiento es el hecho de haber obtenido la fotografía... No es el mundo el que se aleja, sino el tiempo”. Nada tan parecido a una ruina como una fotografía. Y Hölderlin gomo guía.
- “Tampoco Burton vio fotografías a través de su cámara... la herramienta necesaria para fabricar cine”. El encuentro de la cámara oscura, el agujero negro y la materia oscura, todo ese fuera de campo que las palabras nombran y la mente trata de imaginar.
- “La fotografía es una fisura, una falla, una herida en el tiempo”. La imagen de la bala en la nuca que a mí me sirvió para expresar lo que pensé cuando me propu-



sieron ir a Sarajevo durante el sitio, y que luego traté de salvar escribiendo para sobrevivir al miedo y para darle sentido al viaje, y que acabo siendo un libro, *Sarajevo. Diarios de la guerra de Bosnia*. ¿Mi imagen, mi cadáver tirado en la calle, con una bala en la cabeza? Y la imagen de la fotografía como herida, tan bergeriana (de John Berger).

- “La fotografía moderna –las que yo puedo obtener con mi pequeña cámara de recuerdos– parece querer demostrar que todas las cataratas están heladas”. La fotografía está muy limitada para explicar la realidad de lo que somos. Por eso necesita de las palabras, de los pies de foto. Para nombrar el mundo. ¡Y qué maltratados son sistemáticamente los pies de fotos en los periódicos españoles, con qué descuido se escriben, qué mal describen lo que muestran, cómo a menudo confunden al querer aclarar, o malidentifican a quien deberían ayudar a reconocer, o constatan lo que no necesita ser constatado! La diferencia entre una foto artística y una foto periodística viene profundamente diferenciada por la entidad del pie de foto (esa *caption*, en inglés). Y la firma.
- “Nunca se puede volver a la misma casa”. Eso es lo que en gran medida presidió el viaje y la escritura del *Cuaderno de viaje al país natal*. ¿Es esto un prontuario de auto-recomendaciones, de publicidad descarada, lo que hacen periodistas que admiro, como Carlos Alsina, prestarse a hacer publicidad mientras hacen información?
- “El frío no se mide en grados... el frío es una forma de luz”. El frío como luz, o ausencia de ella. La física de la química.
- “Nadie debería morir sin haber tenido la posibilidad de expresarse... un grito mudo”. Eso es también de lo que va a ser el máster de Reporterismo Internacional que mi amigo José Antonio Guardiola y yo imaginamos para la Universidad de Alcalá y el Instituto de Radiotelevisión Española, que acaba de iniciar su segunda edición. Aquí no voy a pedir disculpas por la publicidad, porque sería reiteración y falsos escrúpulos. Pero añado: “pero enfocado (hablamos de periodismo) no a uno mismo sino al otro. Justo lo contrario de un máster o taller de narrativa, en el que el objeto de estudio y relato podría ser uno mismo”.

- “Quiso visitar la casa de Durero a nuestro paso por Núremberg”. Hay que saber más para poder ver más. Cuando pasé camino de Praga no sabía que allí había nacido y muerto Durero y la escala fue breve, solo un transbordo, si no recuerdo mal. Pero quizás ahí esté la clave de que a Momeñe le guste tanto incrustar textos en sus fotografías.

- “Siempre que se fotografía el presente se obtiene el pasado”. Esta aparente paradoja es un prodigo de lucidez de quien ha aprendido a mirar el mundo y a reflexionar sobre los instrumentos mecánicos que hemos inventado para tratar de impugnar las leyes del tiempo. Y que nunca deja de ser consciente de la existencia (y necesidad?) de la muerte.
- “Vemos lo que escuchamos y escuchamos lo que vemos”.
- “Quien desee informarse sobre la realidad de los lugares...”. Mejor un cuaderno que una cámara.

**6.** Como me falta la consistencia, el sistema, la ideología, la clarividencia, la lucidez de un pensador... he optado con mejorable astucia que este texto sea un rompecabezas, o mejor, un homenaje a Walter Benjamin, que quería escribir un libro que estuviera constituido (construido) solo con citas. ¿Cómo un periódico? Reflejos en el agua. Reflejos en un ojo dorado. Destellos de un faro en la Costa de la Muerte, para que los lean los huéspedes del Hotel del Abismo.

**7.** - Se dice que estamos ante uno de los grandes momentos del cine español en lo que se refiere a autores emergentes. ¿Está de acuerdo?

- No. Tenemos una ansiedad incontenible para poner el contador a cero constantemente, inventar generaciones, hablar de la muerte o del reinicio de las cosas... Casi todo el pan disponible es malo, hay más gente fea que guapa y las películas más interesantes son, han sido y serán la minoría. Mi visión es muy poco nostálgica y también muy poco derrotista”. Rodrigo Cortés a *El Cultural*, entrevistado por Jaime Celdillo el 10 de mayo de 2024.

Ana Zamora, entregada al teatro clásico como directora y dramaturga, fundadora y alma de la compañía Nao d'amores, que es capaz de suscitar estados de gracia teatral que se depositan como para siempre en el lugar de la expe-

riencia, responde a la pregunta de *El Cultural* sobre si cree que el teatro vive un buen momento creativo en España: “Voy a quedar fatal... pero, sinceramente, creo que no”.

- “Los funerales dan ocasión a verdaderas ruedas de lecturas y discursos, a audiciones de música de toda suerte (clásica, folk, pop, rock...), y hasta proyecciones, todo ello con una fuerte tendencia a la sensiblería. Una sensiblería inevitablemente lacrimógena y catártica, desde luego muy respetable, pero a veces también, admitiémoslo ya con los ojos secos, bochornosa. Lo peor de todo, al menos para mí, son los aplausos, los malditos aplausos que en la actualidad todo lo acompañan”. Ignacio Echevarría, ‘Responso’. *El Cultural*, 10 de mayo, 2024

**8.** “El relativismo ya es parte de nuestro acervo cultural y a nivel racional convivo con él con absoluta comodidad. Sin embargo, la seducción del arte tiene tal fuerza que es difícil pensar que las sensaciones que provoca se originan en nosotros, que no parte única e inequívocamente del objeto de nuestra atracción. ¿Cómo no hacerlo ante las flores que Jan Brueghel nos acerca con pinceladas delicadas e íntimas, o la gradación de los evocadores cielos que pintó Claudio de Lorena, ante la cúpula de la basílica de San Pedro o las columnas del Panteón en Roma? Comento esto porque pienso que una razón por la cual me atrae el concepto de calidad es la búsqueda químérica de algo objetivo en el arte”.

(...)

“el doloroso Cristo sujetado por la Virgen y San Juan de Giovanni Bellini, pintado a mediados del siglo XV. En este cuadro, la diferencia entre las cuatro manos acapara mi atención –vemos las dos de Cristo, solo una de la Virgen y Juan–. La emoción que siento ante el cuadro no es únicamente la que se expresa en él; junto al dolor experimento también el placer de la contemplación del arte, una paradoja que no es rara en la pintura, la literatura, el cine y otras artes”. Alejandro Vergara Sharp. *¿Qué es la calidad en el arte? Una reflexión basada en la pintura europea de los siglos XVI al XVIII*. O para saber hay que estudiar, leer, leer, leer, que es lo que como un loro mecánico repite a los alumnos de periodismo como si así yo me salvara un poco a través de ellos, en esa fe acaso todavía algo ingenua que confía en la razón mientras no deja de escuchar a Goya en Burdeos, al final de todo, cuando sigue dibujando: “Todavía aprendo”.

**9.** “Detuve aquí este primer borrador de mi carta. Me parecía demasiado simpático e intrascendente. ¿Qué más le daba al psiquiatra en qué perdía yo el tiempo? Opté por el modo ficha

**Qué das:** Cinco horas por la mañana con demasiadas interrupciones. Dedicación aburrida. A veces aprendo algo si el libro es un ensayo. Me satisface el trabajo bien hecho. Pienso al mismo tiempo que no me pagan con justicia, y lo hago peor. Por las tardes no saco más de cuatro horas excepto si tengo una entrega a la vista, aunque estoy hasta las nueve, o las diez (y a veces más), delante de la pantalla. Me permito perder mucho tiempo porque así me ocupo todo el día y no me angustio. Y también porque me he acostumbrado. No tengo nada mejor que hacer.

**Qué recibes:** Me deben quince facturas. Me pagan los libros urgentes. Me dan cualquier tipo de libro para corregir. No sé cuándo van a dejar de contar conmigo. Como soy autónoma, tampoco ellos se sienten en la obligación de darme explicaciones. Hacienda me trata como si yo tuviera una empresa, pero en la práctica no soy más que la trabajadora externa de un gran grupo editorial que nunca más va a contratarme.

**Qué esperas:** Soy escéptica y espero poco. Me gustaría que me pagaran lo que me deben, que subieran las tarifas de corrección, que no me sobrecargaran de trabajo, que por el número de horas que corrijo (son muchas, aunque pierda el tiempo) pudiera pagar tranquilamente un apartamento para mí sola en el centro, tener un mes de vacaciones y no llevarme un disgusto ni recurrir a mi padre cada vez que se me rompen los cristales de las gafas. Supongo que tendría que ser emprendedora, como dicen los manuales de los cursos para autónomos que he hecho, pero ahora estoy demasiado deprimida y acobardada.

**Cómo me organizo:** Obviamente, fatal”. Elvira Navarro, en su novela *La trabajadora*. Tal vez porque cuando hablamos de la cultura nos ponemos estupendos y nos olvidamos de las condiciones objetivas de los que operan en la cadena productiva, los autores, los correctores, los traductores, los maquetadores, los impresores, los distribuidores, los repartidores, los cultivadores, los reseñistas, los periodistas, los esclavos...

**10.** Keith Hayward, criminólogo en la Universidad de Copenhague, acaba de publicar en inglés el libro *Infantilizados*, en el que, según la revista *The Economist*, asegura que la gente joven de hoy día es menos madura que la de generaciones anteriores, y que la responsable de esa realidad es la cultura occidental, en gran medida por muchos adultos a los que les gusta recrear su juventud perdida recuperando placeres y la forma de vestir de cuando eran adolescentes. Según Hayward la cultura pop infantiliza a la gente y el cine moderno celebra la inmadurez, y hace hincapié en las infinitas secuelas y precuelas de películas de superhéroes, como Batman o Supermán: “Ver estas películas estos días es como un paseo por una tienda de juguetes”, al tiempo que le preocupa esa tendencia en algunas universidades de evitar a los estudiantes la exposición a asuntos que puedan resultarles perturbadores, mientras abomina de la archi-repetida falacia que suelen emplear padres y educadores para enardecer y encantar a sus niños: “puedes llegar a ser lo que quieras ser”.

**11.** Ante la muerte de Augusto M. Seabra, celebrado como uno de los críticos culturales más influyentes en Portugal tras el 25 de abril, dueño de una memoria “sobrenatural”, que dejaba perplejos a sus interlocutores, y con una curiosidad insaciable por todas las disciplinas artísticas que llevaba a la crítica en áreas como el cine, el teatro o la música erudita, y a quien temían especialmente los ministros de Cultura. Fundador del diario *Público* (aunque jamás quiso tener un puesto directivo, para que no le ataran las manos a la espalda, ni el pensamiento), el periódico le dedicó varias páginas a comienzos de septiembre con motivo de su traslado a la nada. En un momento dado se recalca que ante la fragmentación radical que hoy experimenta el discurso público sería dudoso pensar que un artículo en “un periódico de referencia tendría el mismo impacto” que hace años. “Había una centralidad en la cultura y de la crítica en el periódico, y de los propios periódicos en la vida del país que ya no existe”, dice Francisco Fração, director artístico del Teatro do Bairro Alto, en Lisboa.

**12.** Esto se lo debo a la periodista argentina Leila Guerriero, que este año ha publicado un libro que debe leer todo el que quiera saber qué se puede hacer con el periodismo, la literatura, la realidad, la violencia y el tiempo que vivimos: *La llamada*. Pertenece a un texto que tituló *El periodismo cultural no existe*,

*o los calcetines del pianista*: “quisiera recordar lo que el ensayista mexicano Gabriel Zaid escribió, en 2006, en un artículo llamado *Periodismo cultural*. Allí Zaid se preguntaba: ‘¿Qué es un acontecimiento cultural? ¿De qué debería informar el periodismo cultural? Lo dijo Ezra Pound: la noticia está en el poema, en lo que sucede en el poema (...) Pero informar sobre este acontecer requiere un reportero capaz de entender lo que sucede en un poema, en un cuadro, en una sonata; de igual manera que informar sobre un acto político requiere un reportero capaz de entender el juego político: qué está pasando, qué sentido tiene, a qué juegan Fulano y Mengano, por qué hacen esto y no aquello. Los mejores periódicos tienen reporteros y analistas capaces de relatar y analizar estos acontecimientos, situándolos en su contexto político, legal, histórico. Pero sus periodistas culturales no informan sobre lo que dijo el piano maravillosamente (o no) (...) Informan sobre los calcetines del pianista’. Yo, con el perdón de Zaid, creo que, en efecto, todo buen periodista debe ser capaz de entender lo que dijo el piano, pero también de entender cuándo es necesario informar sobre los calcetines del pianista. (...) Una mirada capaz de hacer cruces entre diversas disciplinas, relacionar un cuadro con una crisis económica o un gesto artístico con una obsesión, no se cultiva tomando cursos de poesía metafísica, sino abriendo el campo y aprendiendo a mirar. La especialización suele producir textos endogámicos en los que Antonio López es un pintor que acaba de inaugurar una muestra en el Museo Thyssen y nada más, y Damien Hirst un tipo que anda por ahí cortando animales y sumergiéndolos en piscinas repletas de formol y nada más. Miradas ciegas para las que escritores, pintores, músicos o escultores no son personas razonablemente tristes, razonablemente alegres o razonablemente egomaníacas, sino maquetas de sí mismos. Pianistas con los calcetines fuera de cuadro o, lo que es lo mismo, protagonistas de textos que olvidaremos antes de leer”.

**13.** Y ahora volvamos a la pregunta y a la propuesta de este artículo para *Periférica*. Los suplementos culturales como suplemento vitamínico para periódicos raquíticos, faltos de nutrientes, es decir, de pensamiento, de verdadera crítica, de argumentos poderosos contra la estulticia, que nos hacen creer que no hay nada que hacer, que la lucha no da resultados. No, no estaré nunca a la altura de Walter Benjamin, pero he querido construir un artículo a base de

citas, como si ese puzzle fuera una guirnalda de luces de colores en una fiesta popular en una aldea de mi Galicia natal. Para iluminar un rectángulo del espacio y el tiempo. Me despido con John Gray ante el estado de las cosas del mundo: “Lo que está en juego es la civilización, que es algo raro y frágil, y podría extinguirse. Sin embargo, sigo comprometido con los valores liberales. Incluso si la civilización está destinada a desaparecer, creo que debemos seguir defendiendo esos valores y viviendo de acuerdo con ellos mientras podamos, aunque sol sea por un sentido de deber trágico”.

### Coda

Mientras revisaba este texto antes de enviarlo a imprenta me saltó a la cara una coda. Al final de Notas des-

de el Prado, de José Antonio Alcalá, un viaje de profundo amor y conocimiento a nuestro museo más valioso (“un manicomio de cordura”, en palabras de Ramón Gaya), cita al francés Jean Clair (seudónimo de Gérard Régnier) y su controvertido *El malestar de los museos*, y pensé que cerraría bien este rompecabezas. Dice Clair: “Lo cultural dispersa, esparce, degrada, descalifica, nos hace descender de nuevo al número, con la pesadez de plomo del cuantitativo: los asuntos culturales, las actividades culturales, los actores culturales, los ingenieros culturales, los nichos culturales, las industrias culturales... Antes uno se cruzaba con hombres de cultura. Ahora no nos topamos más que con funcionarios culturales”. Vale